

aquí ha pasado un gran pueblo.—Ponedlas á la vista de una Catedral, y al ver tanta majestad unida á tanta belleza, tanta grandeza unida á tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta mesura junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras, y tanta suavidad en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán:—Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia y la más portentosa de las civilizaciones humanas; ese pueblo ha debido tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto ¹.

Si se pasa de las ciencias, de las letras y de las artes al estudio de las instituciones que la Iglesia vivificó con su soplo, alimentó con su substancia, mantuvo con su espíritu y abasteció con su ciencia, este nuevo espectáculo no ofrecerá menores maravillas y portentos. El catolicismo, que todo lo refiere y todo lo ordena á Dios, y que refiriéndolo y ordenándolo á Dios todo, convierte la suprema libertad en elemento constitutivo del orden supremo, y la infinita variedad en elemento constitutivo de la unidad infinita, es por su naturaleza la religión de las asociaciones vigorosas, unidas todas entre sí por afinidades simpáticas. En el catolicismo el hombre no está sólo nunca: para encontrar un hombre entregado á un aislamiento solitario

¹ El escritor racionalista Welte, muy celebrado también y no católico, se expresaba en estos términos en 1850 (*Weber den Munster zu Strasbourg*) hablando de la Catedral de Strasburgo: "He visto la Catedral de Strasburgo, he visto *este milagro del mundo cristiano*, esta obra, concebida con tan extraordinario atrevimiento y con tan ardiente fe, este monumento de una edad que ya no existe (*no existe para los protestantes, se entiende*), y á su vista *he sentido el alma sojuzgada por un poder desconocido*, absorto como estaba en la contemplación y anegado en un mar de delicias. Allí está patente *la potencia del gemo humano*, cuando la fe lo fortifica y lo alumbrá: este monumento vivirá mientras haya hombres capaces de *recoger* su espíritu, y mientras dure el amor á *aquel Espíritu Santo*, que sólo ha *podido inspirarlo*. Aquella masa que allí se levanta tan magnífica, *transporta á las almas á las más excelsas regiones*, comunicándoles aquella libertad de espíritu, aquella grandeza de ánimo que han presidido á su construcción. Tan cierto es que todo lo verdaderamente grande *nos levanta al cielo*, y que cuando nos levanta al cielo *canta la gloria de Dios*."

y sombrío, personificación suprema del egoísmo y del orgullo, es necesario salir de los confines católicos. En el inmenso círculo que describen esos confines inmensos, los hombres viven agrupados entre sí; y se agrupan, obedeciendo al impulso de sus más nobles atracciones. Los grupos mismos entran los unos en los otros, y todos en uno más universal y comprensivo, dentro del cual se mueven anchamente, obedeciendo á la ley de una soberana armonía. El hijo nace y vive en la asociación doméstica, ese fundamento divino de las asociaciones humanas. Las familias se agrupan entre sí de una manera conforme á la ley de su origen, y agrupadas de esta manera, forman aquellos grupos superiores que llevan el nombre de clases; las diferentes clases se consagran á diferentes funciones: unas cultivan las artes de la paz, otras las artes de la guerra; unas conquistan la gloria, otras administran la justicia y otras acrecientan la industria. Dentro de estos grupos naturales se forman otros espontáneos, compuestos de los que buscan la gloria por una misma senda, de los que se consagran á una misma industria, de los que profesan un mismo oficio; y todos estos grupos, ordenados en sus clases, y todas las clases jerárquicamente ordenadas entre sí, constituyen el Estado, asociación ancha, en la que todas las otras se mueven con anchura.

Esto desde el punto de vista social. Desde el punto de vista político, las familias se asocian en grupos diferentes: cada grupo de familias constituye un Municipio; cada Municipio es la participación en común de las familias que le forman, del derecho de rendir culto á su Dios, de administrarse á sí propias, de dar pan á los que viven y sepultura á los muertos. Por eso cada Municipio tiene un templo, símbolo de su unidad religiosa; y una casa municipal, símbolo de su unidad administrativa; y un territorio, símbolo de su unidad jurisdiccional y civil; y un cementerio, símbolo de su derecho de sepultura. Todas estas diferentes unidades constituyen la unidad municipal, la cual tiene también su símbolo en el derecho de levantar sus almas y de desplegar su bandera. De la variedad de los

Municipios se forma la unidad nacional, la cual á su vez se simboliza en un trono y se personifica en un Rey. Sobre todas estas magníficas asociaciones está la de todas las naciones católicas con sus Príncipes cristianos, fraternalmente agrupados en el seno de la Iglesia. Esta perfectísima y suprema asociación es unidad en su cabeza y variedad en sus miembros: es variedad en los fieles derramados por el mundo, y unidad en la cátedra santa que resplandece en Roma, cercada de divinos resplandores. Esa cátedra eminente es el centro de la humanidad, representada, en lo que tiene de varia, por los Concilios generales, y en lo que tiene de una, por el que es en la tierra Padre común de los fieles y Vicario de Jesucristo.

Esa es variedad suprema, unidad suma y sociedad perfectísima. Todos los elementos que braman alterados y en desorden en las sociedades humanas, se mueven en ésta concertadamente. El Pontífice es Rey á un mismo tiempo por derecho divino y por derecho humano: el derecho divino resplandece principalmente en la institución; el derecho humano se manifiesta principalmente en la designación de la persona; y la persona designada para Pontífice por los hombres, es instituída Pontífice por Dios. Así como reúne la sanción humana y la divina, junta en uno también las ventajas de las Monarquías electivas y las de las hereditarias; de las unas tiene la popularidad, de las otras la inviolabilidad y el prestigio: á semejanza de las primeras, la Monarquía pontifical está limitada por todas partes; á semejanza de las segundas, las limitaciones que tiene, no la vienen de fuera, sino de dentro, ni de la ajena voluntad sino de la propia: el fundamento de sus limitaciones está en su caridad ardiente, en su prodigiosa humildad y en su prudencia infinita. ¿Qué Monarquía es ésta en la que el Rey, siendo elegido, es venerado, y en la que, pudiendo ser Reyes todos, está en pie eternamente, sin que sean parte para derribarla por tierra ni las guerras domésticas ni las discordias civiles? ¿Qué Monarquía es ésta en la que el Rey elige á los electores que luego eligen al Rey, siendo todos elegidos y todos electores? ¿Quién

no ve aquí un alto y escondido Misterio: la unidad engendrando perpetuamente la variedad, y la variedad constituyendo su unidad perpetuamente? ¿Quién no ve aquí representada la universal confluencia de todas las cosas? Y ¿quién no advierte que esa extraña Monarquía es la representación de Aquel que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es divinidad y humanidad, unidad y variedad juntas en uno? La ley oculta que preside á la generación de lo uno y de lo vario, debe de ser la más alta, la más universal, la más excelente y la más misteriosa de todas, como quiera que Dios ha sujetado á ella todas las cosas, las humanas como las divinas, las creadas como las increadas, las visibles como las invisibles: siendo una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones; todo lo que existe, parece que no existe sino para manifestarla; y cada una de las cosas que existen la manifiesta de diferente manera: de una manera está en Dios, de otra en Dios hecho hombre, de otra en su Iglesia, de otra en la familia, de otra en el universo; pero está en todo y en cada una de las partes del todo; aquí en un Misterio invisible é incomprensible, y allí, sin dejar de ser un Misterio, es un fenómeno visible y un hecho palpable ¹.

1 Partiendo del principio de que la creación, ya en conjunto, ya en todas sus partes, lleva impreso el sello del Creador, busca Donoso Cortés en todas partes señales de la Santísima Trinidad; por esto dice que, así como en Dios hay unidad de esencia y pluralidad de Personas, así hay en el universo unidad y variedad; y así como en Dios, la pluralidad de Personas no destruye la unidad de esencia, así la variedad del universo no destruye su unidad. Descendiendo después á aplicaciones particulares, encontraba cualquiera la *unidad* y la *variedad*, y en su unión harmónica la condición misma de la existencia de las criaturas y del mantenimiento del orden y de la vida. Esta doctrina, fundamental para él, la recuerda ó supone frecuentemente, no sólo en esta obra, sino en sus otros escritos, como sus *Estudios histórico-filosóficos*, por ejemplo (§ 2, *La Creación*, tomo II, pág. 447), y su respuesta al Sr. Príncipe Alberto de Broglie (§ 3, *El parlamentarismo*, *ibid.*, pág. 256). De este principio deducía también sus teorías sociales y políticas, mostrando que también en la sociedad humana el orden y estabilidad nacen de la coexistencia de la unidad y la variedad... unidad de poder, variedad de fuerzas jerárquicas procedentes de un solo poder, y reducidas á la unidad por la subordinación al poder de que proceden. Allí donde esta doble ley sea respetada, allí habrá orden y libertad; orden, porque todo viene de la unidad y se reduce á ella; y libertad, pues las diversas fuerzas sociales conservan su vida propia, su acción y movimiento; mientras que donde ella es desconocida, ó hay anarquía por la destrucción de la unidad del poder, ó despotismo por la destrucción de las diversas fuerzas sociales. El fecundo principio de donde había sacado Donoso Cortés el de que "el sello de Dios se halla en la creación entera", se lo había dado la teología católica. "Dios—dice Santo Tomás—ha

Al lado del Rey, cuyo oficio es reinar con una soberanía independiente, y gobernar con un Imperio absoluto, está un Senado perpetuo, compuesto de Príncipes que tienen de Dios el principado. Y este Senado perpetuo y divino es un Senado gobernante; y siendo gobernante, lo es de tal manera, que ni entorpece, ni disminuye, ni eclipsa la potestad suprema del Monarca. La Iglesia es la sola Monarquía que ha conservado intacta la plenitud de su derecho, estando perpetuamente en contacto con una oligarquía potentísima; y es la única oligarquía que, puesta en contacto con un Monarca absoluto, no ha estallado en rebeliones y turbulencias. De la misma manera que en pos del Rey van los Príncipes, en pos de los Príncipes vienen los sacerdotes, encargados de un ministerio santísimo. En esta sociedad prodigiosa todas las cosas suceden al revés de como pasan en todas las asociaciones humanas. En éstas la distancia puesta entre los que están al pie y los que están en la cumbre

dado el ser á las cosas para comunicar su bondad á las criaturas y representarla por ellas. (Bondad aquí significa excelencia, perfección.) Y como una criatura sola no la habría podido representar suficientemente, ha producido criaturas múltiples y diversas, para que unas á otras se suplan en la representación de la bondad divina, porque la bondad (que en Dios es una y simple) es múltiple y dividida entre las criaturas... El ejemplar primero, la esencia divina no está, pues, perfectamente representada por una sola criatura, y por esto puede serlo por varias. Pero siendo las ideas ejemplares de las cosas, á la pluralidad de éstas corresponde en el entendimiento divino la pluralidad de ideas. (Suma Theol., I, q. XLVII, 1.)

Así el mundo es una representación imperfecta de la perfección divina, de la esencia misma de Dios, y las cosas que están en el mundo son reproducciones imperfectas de ejemplares eternos, de las ideas que están en Dios. Más: todo ser representa en cierto modo á la Trinidad Santísima.

“Todo efecto representa su causa de alguna manera, pero la manera con que la representan los distintos objetos, no es la misma. Ciertos objetos no la reproducen sino como causa, sin reproducir su forma; así representa, v. gr., el humo al fuego, y á esta manera de representación se llama *vestigio*. Este muestra, en efecto, que lo que lo dejó, ha pasado, pero no dice lo que es. Otros efectos representan su causa por una semejanza de su forma; así representa el fuego al fuego que le ha encendido, ó un retrato á su original; esta última manera de semejanza se denomina *imagen*. Pero las procesiones de las Personas divinas se cumplen según los actos de la inteligencia y de la voluntad, pues el Hijo procede como Verbo, y el Espíritu Santo como amor. Por esto en las criaturas racionales dotadas de inteligencia y voluntad se halla la Trinidad representada como en *imagen*, pues hay en ellas un Verbo concebido y un amor procedente; y en las demás criaturas, cualesquiera que sean, hay algo que descubre el *vestigio* de su causa, que son las divinas Personas. Toda criatura, en efecto, subsiste en su ser, tiene una forma que determina su especie y relaciones que á otros seres la coordinan. Como substancia creada, representa la causa y el principio, y de esta suerte la Persona del Padre, principio sin principio; como forma constituida en su

de la jerarquía social es tan grande, que los primeros se sienten tentados del espíritu de rebelión, y los segundos caen en la tentación de la tiranía.

En la Iglesia las cosas están ordenadas de tal modo, que ni es posible la tiranía ni son posibles las rebeliones. Aquí la dignidad del súbdito es tan grande, que la del Prelado está en lo que tiene de común con el súbdito, más bien que en lo especial que tiene como Prelado. La mayor dignidad de los Obispos no está en ser Príncipes, ni la del Pontífice en ser Rey; está en que Pontífices y Obispos son, como sus súbditos, sacerdotes. Su prerrogativa altísima é incommunicable no está en la goberción; está en la potestad de hacer al Hijo de Dios esclavo de su voz, en ofrecer el Hijo al Padre en sacrificio incruento por los delitos del mundo, en ser los canales por donde se comunica la gracia, y en el supremo é incommunicable derecho de remitir y de retener los pecados. La más alta dignidad está

especie, representa al Verbo, como la forma de la obra la concepción del artista. Ligada por sus relaciones con otros seres, representa al Espíritu Santo, en cuanto es amor, porque el orden que resulta de las relaciones entre los seres, viene de la voluntad del Criador. Por esto nos dice San Agustín (*De Trinit.*, lib. VI): *Que en cada criatura se encuentra un vestigio de la Trinidad en cuanto cada criatura es un ser uno, una forma específica, y tiende á cierto orden.* Esto mismo significan aquellas tres palabras del Libro de la Sabiduría (XI), el *número*, el *peso* y la *medida*, porque se aplican respectivamente: la *medida* á la substancia limitada por sus principios, el *número* á la especie y el *peso* al orden. Lo mismo expresa San Agustín en otro lugar (*Lib. de Natura boni*, cap. III) con esta fórmula: el *modo*, la *especie* y el *orden*; y por esta otra (*Lib. quaest.*, q. XVIII): *Lo que constituye, lo que distingue y lo que coordina*, porque cada cosa es constituida en un ser por la substancia, distinguida por su forma y debidamente colocada por el orden; fácil es, por lo demás, reducir á estas fórmulas lo que se puede decir semejante á esto...

„Objétase á esto que, no representando el efecto y no siendo la causa de las criaturas las relaciones que distinguen las personas, sino la esencia que les es común, no pueden las criaturas representar la trinidad de personas, sino la unidad de esencia. A esto respondemos que las procesiones de las personas son también, según en otra parte probamos, la causa y la razón de la creación.“ (*Summ. Theol.*, I, q. XLV, 7.)

Bien meditada la doctrina contenida en este texto, parécenos claro que toda la de Donoso es una aplicación de ella. Todo ser, en el mero hecho de representar á las tres Personas divinas, representa por ende la pluralidad de personas y la unidad de esencia á ellas común. Y lo que puede aquí decirse de cada ser en particular, cabe igualmente decirlo del conjunto de los seres, considerados como un todo uno y ordenado por Dios. Es, por tanto, cierto que en todas partes y en todas las cosas hay unidad y pluralidad; mejor dicho, unidad en la pluralidad y pluralidad en la unidad, realizándose así una como representación del Misterio de los Misterios y una ley universal, cuya razón y causa está en ese Misterio mismo.

en lo que son todos los dignatarios, más bien que en lo que son algunos. No está en el Apostolado ni en el Pontificado, está en el sacerdocio ¹.

Considerada aisladamente la dignidad pontifical, la Iglesia parece una Monarquía absoluta. Considerada en sí su constitución apostólica, parece una oligarquía potentísima. Considerada por una parte la dignidad común á Prelados y sacerdotes y por otra el hondo abismo que hay entre el sacerdocio y el pueblo, parece una inmensa aristocracia. Cuando se ponen los ojos en la inmensa muchedumbre de los fieles derramados por el mundo, y se ve que el sacerdocio y el Apostolado y el Pontificado están á su servicio, que nada se ordena en esta sociedad prodigiosa para los crecimientos de los que mandan, sino para la salvación de los que obedecen; cuando se considera el dogma consolador de la igualdad esencial de las almas; cuando se recuerda que el Salvador del género humano padeció las afrentas de la Cruz por todos y por cada uno de los hombres; cuando se proclama el principio de que el buen pastor debe morir por sus ovejas; cuando se reflexiona que el término de la acción de

¹ Además de la maravillosa jerarquía de *jurisdicción*, que por varias gradaciones junta todas las partes del ministerio católico en una sola cabeza y en un centro común; existe también en la Iglesia de Jesucristo la jerarquía de *orden*, según la cual los Obispos, no sólo se distinguen de los sacerdotes, sino que, por divina institución, tienen la preeminencia sobre ellos. Esta verdad católica que se desprende de varios pasajes de este capítulo, en nada rebaja la exactitud con que el autor observa aquí el poder común á los Obispos y sacerdotes de ofrecer el santo Sacrificio, como también el de atar y desatar; supremas y augustas potestades que tienen sin duda un altísimo y nobilísimo origen, en cuya inmensidad y esplendor queda la atención tan embargada y tan absorto el espíritu, que apenas puede por un momento discernir la preeminencia de un orden sobre el otro. Conviene notar aquí cómo el autor, tan perfectamente versado en la ciencia católica, no usa la palabra *potestad*, sino *dignidad*.

Por lo demás, aquí el autor se limita á consignar dos hechos, á saber: primero, que la más sublime de todas las potestades conferidas al hombre es la de que baje á sus manos Dios; segundo, que esta potestad, lejos de ser en la Iglesia prerrogativa singular del Papa y de los Obispos, está conferida indistintamente á todo sacerdote, de donde se sigue que la más excelsa de las potestades es cabalmente y en realidad pertenencia de todos. Lejos de anularse por esto las distinciones y prerrogativas en cuya virtud los Obispos son realmente superiores á los presbíteros, tanto en la jerarquía de orden como en la de jurisdicción, confirmase por lo dicho, pues cabalmente lo dicho supone que esas distinciones y prerrogativas especiales de los Obispos, bien que les conferan autoridad y preeminencia jerárquica, son en sí menos sublimes que la prerrogativa otorgada en común á todo sacerdote.

todos los diferentes ministerios está en la congregación de los fieles, la Iglesia parece una democracia inmensa, en la gloriosa acepción de esta palabra; ó por lo menos, una sociedad instituida para un fin esencialmente popular y democrático. Y lo más singular del caso es que la Iglesia es todo lo que parece. En las otras sociedades esas varias formas de gobierno son incompatibles entre sí, ó si por acaso se juntan en uno, no se juntan jamás sin que pierdan muchas de sus propiedades esenciales. La Monarquía no puede vivir juntamente con la oligarquía y con la aristocracia, sin que la primera pierda lo que naturalmente tiene de absoluta, y éstas lo que tienen de potentes. La Monarquía, la oligarquía y la aristocracia no pueden vivir con la democracia sin que ésta pierda lo que tiene de absorbente y de exclusiva, como la aristocracia lo que tiene de potente, la oligarquía lo que tiene de invasora y la Monarquía lo que tiene de absoluta; viniendo á convertirse en definitiva su mutua unión en su mutuo aniquilamiento. Sólo en la Iglesia, sociedad sobrenatural, caben todos estos gobiernos, combinados harmónicamente entre sí, sin perder nada de su pureza original ni de su grandeza primitiva. Esta pacífica combinación de fuerzas, que son entre sí contrarias, y de gobiernos cuya única ley, humanamente hablando, es la guerra, es el espectáculo más bello en los anales del mundo. Si el gobierno de la Iglesia pudiera ser definido, podría definirsele diciendo que es una inmensa aristocracia, dirigida por un poder oligárquico, puesto en la mano de un Rey absoluto, el cual tiene por oficio darse perpetuamente en holocausto por la salvación del pueblo. Esta definición sería el prodigio de las definiciones, de la misma manera que la cosa en ella definida es el prodigio más grande de la historia.

Resumiendo en breves palabras cuanto va dicho hasta aquí, podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos por los hechos, que el catolicismo ha puesto en orden y en concierto todas las cosas humanas. Ese orden y ese concierto, relativamente al hombre; significan que por el catolicismo el cuerpo ha quedado

sujeto á la voluntad, la voluntad al entendimiento, el entendimiento á la razón, la razón á la fe, y todo á la caridad, la cual tiene la virtud de transformar al hombre en Dios, purificado con un amor infinito. Relativamente á la familia, significan que por el catolicismo han llegado á constituirse definitivamente las tres personas domésticas, juntas en uno con dichosísima lazada. Relativamente á los gobiernos, significan que por el catolicismo han sido santificadas la autoridad y la obediencia, y condenadas para siempre la tiranía y las revoluciones. Relativamente á la sociedad significan que por el catolicismo tuvo fin la guerra de las castas, y principió la concertada armonía de todos los grupos sociales; que el espíritu de asociaciones fecundas sucedió al espíritu de egoísmo y de aislamiento, y el imperio del amor al imperio del orgullo. Relativamente á las ciencias, á las letras y á las artes, significan que por el catolicismo ha entrado el hombre en posesión de la verdad y de la belleza, del verdadero Dios y de sus divinos resplandores. Resulta, por último, de cuanto llevamos dicho hasta aquí, que con el catolicismo apareció en el mundo una sociedad sobrenatural, excelentísima, perfectísima, fundada por Dios, conservada por Dios, asistida por Dios; que tiene en depósito perpetuamente su eterna palabra; que abastece al mundo del pan de la vida; que ni puede engañarse ni puede engañarnos; que enseña á los hombres las lecciones que aprende de su divino Maestro; que es perfecto trasunto de las divinas perfecciones, sublime ejemplar y acabado modelo de las sociedades humanas.

En los siguientes capítulos se demostrará cumplidamente que ni el cristianismo, ni la Iglesia católica, que es su expresión absoluta, han podido obrar tan grandes cosas, tan altos prodigios y tan maravillosas mudanzas, sin una acción sobrenatural y constante por parte de Dios, el cual gobierna sobrenaturalmente á la sociedad con su providencia, y al hombre con su gracia.

CAPÍTULO IV

EL CATOLICISMO ES AMOR

Entre la Iglesia católica y las otras sociedades derramadas por el mundo hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas.

Para el mundo pagano la sociedad y la ciudad eran una cosa misma. Para el romano la sociedad era Roma; para el ateniense, Atenas. Fuera de Atenas y de Roma no había más que gentes bárbaras é incultas, por su naturaleza agrestes é insociables. El cristianismo reveló al hombre la sociedad humana; y como si esto no fuera bastante, le reveló otra sociedad mucho más grande y excelente, á quien no puso en su inmensidad ni términos ni remates. De ella son ciudadanos los santos que triunfan en el cielo, los justos que padecen en el purgatorio, y los cristianos que combaten en la tierra.

Léanse atentamente una por una todas las páginas de la historia; y después de haberlas leído, y después de haberlas meditado todas, se verá con asombro que esa concepción gigantesca viene sola, y que viene sin aviso, sin antecedente ninguno; que viene como una revelación sobrenatural, comunicada al hombre sobrenaturalmente. El mundo la recibió de un golpe, y no la vió venir; como quiera que cuando la vió,